

Cristo en el Centro de Todo

// Charlas Bíblicas

Cristo, centro del mensaje cristiano

El diálogo comienza afirmando con énfasis que Jesús es el eje absoluto del mensaje bíblico y la razón de ser del cristianismo. No hay redención, salvación, perdón de pecados ni transformación real fuera de Él. Todo lo que la Biblia revela apunta finalmente a Cristo, desde las profecías del Antiguo Testamento hasta las enseñanzas del Nuevo. Aun cuando se predique sobre personajes como David, Moisés o Elías, la predicación debe conducir a Jesús, porque Él es el cumplimiento de toda profecía. La esencia del Evangelio no es la religión, ni las normas, ni las experiencias humanas, sino la persona de Cristo y su obra redentora.

Los sabios de Oriente y las señales que apuntan a Jesús

Se reflexiona sobre la historia de los magos de Oriente, quienes siguieron un fenómeno celestial que los llevó directamente a adorar al Mesías. Esta escena se usa como ejemplo para enseñar que toda señal auténtica de parte de Dios siempre tiene un propósito: llevar al hombre a Cristo. Si una señal –sea visión, sueño, milagro o revelación– no termina en Jesús, entonces no proviene de Dios o está siendo interpretada erróneamente. Se advierte que muchos creyentes hoy buscan señales solo por curiosidad o por emoción, olvidando que el objetivo de toda manifestación divina es revelar y exaltar a Cristo.

Peligro de las señales y prácticas esotéricas

El texto critica ciertas prácticas modernas disfrazadas de espiritualidad que realmente están más cerca del esoterismo que del cristianismo. Algunas enseñanzas prometen atraer prosperidad, éxito o “energías positivas”, pero sin apuntar a Cristo ni depender de Él. Cuando el centro de una práctica es obtener beneficios materiales o emocionales y no conocer más a Jesús, se convierte en idolatría. Se alerta que estas corrientes suelen mezclar conceptos bíblicos con prácticas ajenas al Evangelio, desviando a los creyentes hacia un enfoque egoísta y mágico que nada tiene que ver con la fe bíblica.

Juan el Bautista como modelo de humildad

Juan el Bautista es presentado como ejemplo de un siervo genuino. Aunque tenía gran fama, autoridad y seguidores, jamás permitió que la gente lo confundiera con el Cristo. Siempre dejó claro que su misión era preparar el camino y señalar al verdadero Mesías. Su frase “Es necesario que Él crezca y que yo mengüe” revela una actitud contraria al espíritu de protagonismo que se ve en algunos líderes modernos. Mientras ciertos predicadores buscan reconocimiento, aplausos o autoridad, Juan se vaciaba de sí mismo para que Cristo fuera exaltado, recordándonos que el ministerio auténtico apunta a Jesús, no al ministro.

Cristo como centro de toda predicación

Se advierte que muchas predicaciones actuales se concentran más en experiencias personales, técnicas de superación,

prosperidad o problemas sociales que en la persona de Jesús. Aunque estos temas puedan ser útiles, no deben reemplazar el corazón del mensaje: Cristo, su cruz, su resurrección y su reino. El Evangelio puede abordar cualquier asunto humano, pero su propósito final siempre debe ser glorificar a Jesús. Una predicación que no conduce a Cristo puede ser motivadora o interesante, pero no tiene poder transformador. Solo la proclamación de Cristo tiene vida, Espíritu y poder para cambiar corazones.

Advertencia sobre el protagonismo humano

El texto menciona que algunos líderes cristianos se han convertido en el centro de atención, promoviendo más su propia imagen que el mensaje del Evangelio. Hablan continuamente de sus logros, experiencias y “hazañas espirituales”, haciendo que las personas los sigan a ellos en lugar de seguir a Cristo. Esto puede conducir al sectarismo y al culto a la personalidad. El verdadero ministerio debe reflejar que toda obra proviene de Dios y que todo el mérito le pertenece a Él. Cuando el predicador se pone como protagonista, el mensaje se contamina; cuando Cristo ocupa el primer lugar, la iglesia es edificada.

El peligro de un evangelio diferente

Se recuerda la advertencia del apóstol Pablo a los Gálatas, quienes estaban adoptando enseñanzas distorsionadas que añadían o alteraban el mensaje de Cristo. Predicar un evangelio sin la cruz, sin arrepentimiento o sin la centralidad de Jesús constituye una corrupción del mensaje original. Pablo fue severo al afirmar que incluso si un ángel anunciara un evangelio distinto, debía ser considerado

anatema. Esto destaca la seriedad de mantener el mensaje puro. Cualquier doctrina que sustituya a Cristo o que ponga el énfasis en otra cosa –ley, obras, prosperidad o misticismo– es un desvío peligroso.

El poder de Dios manifestado en la cruz

Se recalca que la cruz puede parecer locura o debilidad para la mentalidad del mundo, pero es la manifestación máxima del poder y la sabiduría de Dios. El verdadero poder espiritual no está en los espectáculos, las emociones o las señales externas, sino en la obra redentora de Cristo que transforma vidas desde el corazón. Cuando se predica la cruz, el Espíritu Santo respalda con convicción, libertad y renovación. El centro del poder cristiano no es la habilidad del predicador, sino la persona de Jesús crucificado y resucitado.

La necesidad de perseverar en el Evangelio verdadero

Pablo enfatiza que la salvación no solo requiere creer inicialmente, sino también perseverar en el Evangelio auténtico. Alejarse del mensaje original o adoptar enseñanzas superficiales vacía la fe de su verdadero sentido. Si la iglesia pierde de vista a Cristo y se enfoca en discursos motivacionales, filosofías humanas o legalismos, el mensaje pierde su eficacia. Permanecer en el Evangelio implica mantener la mirada en Jesús y recordar continuamente su obra perfecta en la cruz.

Fijar los ojos en Jesús

El resumen concluye con la exhortación de Hebreos: correr la carrera de la fe despojándose de todo peso y del pecado,

fijando los ojos en Jesús. Él es el autor, guía y consumidor de nuestra fe; sin Él, no hay dirección ni propósito. Mantener los ojos en Cristo evita la desviación doctrinal, protege de falsos evangelios y fortalece la vida espiritual. En un mundo lleno de distracciones y señales engañosas, la solución sigue siendo la misma: mirar a Jesús, seguir a Jesús y anunciar a Jesús por encima de todo.